

Sarmiento, Civilizador

Por

JUAN ANTONIO SOLARI

INMEREcido honor, sin duda, el que me confiere el Instituto Sarmiento de Sociología e Historia al incorporarme a su seno.

Quedo agradecido, con íntima emoción, al gesto de los distinguidos colegas que así lo acordaron. Y sobre todo a su prestigioso presidente, el doctor Alberto Palcos, uno de los más serios y profundos estudiosos de la personalidad, la vida y la obra de Sarmiento, por las bondadosas palabras con que me ha presentado. Ellas comprometen mi gratitud y estimulan mi celo para proseguir en la modesta tarea de tantos años.

Pienso que otra voz más autorizada que la mía debería oírse esta noche, pero dos circunstancias acaso disimulen mi osadía: la de mi incorporación, diríamos oficial, al Instituto con el compromiso de pronunciar una conferencia, y la de que ésta verse sobre Sarmiento, guía y maestro de nuestra ciudadanía democrática. A falta de otros méritos, acredítenseme para ello los muy escasos de una ya larga jornada en defensa de ideales y principios cuya salvaguardia se nos torna irrenunciable en esta hora del país.

Quiero hablar de Sarmiento civilizador, que es decir de Sarmiento a través de su proteica y fecunda labor, como fragua del pensamiento y la acción democráticos del país, como bandera de nuestra civilidad. Porque él, y no Rosas, sintetiza y expresa, con Alberdi y Mitre, entre nuestros prohombres civiles, en la organización republicana de la Nación, un programa todavía actual, un ideario de vigencia apro-

vechable, moral e intelectualmente, para los días presentes, por lo mismo que cuentan entre quienes pensaron más hondo y vieron más lejos en su obra de preclaros constructores.

No haré ante vosotros una reseña cronológica de su existencia y de su acción, toda vez que no puede haber un argentino digno que las ignore, a despecho de sistemáticas campañas reaccionarias y del vano intento de roer el bronce de su estatua.

Deseo, sí, exaltar su ejemplo inmortal y magnífico y decir cómo su vigorosa figura de luchador y civilizador es y será, para nosotros y para las generaciones que nos sucedan, fuente de energías positivas, ejemplo guiador en las empresas de nutrir y perfeccionar su histórico legado.

Sarmiento fue un combatiente que no conoció tregua. Combatió para realizar. *Escribo como medio y arma de combate, porque combatir es realizar el pensamiento*, dijo.

Vivió como perpetuo militante en las filas del progreso, la cultura y la libertad, esto es de la civilización, cuya base radica en las conquistas que hacen cultos y libres a los pueblos. Desde la hora inicial, frente a la pobreza, los obstáculos del medio hostil y retardatario, su fe en el porvenir no declinaba, afirmábase su voluntad de acero, despertábanse en él las seguridades en su propio destino. El carácter diamantino de la madre y la patriótica vocación del progenitor entusiasta resurgen en su temperamento, pero él es, por sí mismo, con la fuerza telúrica de su cuna y en su afán prometeano de disipar la mollicie y resabios de la colonia, expresión pujante, creadora y nueva del genio y la conciencia nativos en función de un ideal de continentalidad.

Nació a los nueve meses de la Revolución y dijérase que su advenimiento completaba el parto glorioso de nuestra Historia.

Sarmiento patria llamaban al padre, en el San Juan todavía asfixiado por el ambiente lugareño en mérito a su fervor por la causa revolucionaria, que lo llevó a pelear con San Martín en Chacabuco y un día lo dejó sin nada por ayudar al ejército de Belgrano... *Sarmiento padre de la patria* llamamos hoy al hijo como el mejor homenaje por su obra y en reconocimiento por cuanto hizo por ella.

Sarmiento, Civilizador

Sus largas, fecundas jornadas en más de sesenta años de trabajos no igualados, desde todos los campos y tribunas, con las armas que su prédica creyó útiles y empleó para realizar su programa, no hicieron sino confirmar este rasgo de su personalidad apasionada, subrayando una obra plena de sentido constructivo y, al mismo tiempo, sostenido por un poderoso impulso histórico de renovación. Su actuación es, por ello, indudable estímulo para cuanto falta por hacer. Con su material, nobles y altas empresas tendrán ocasión de proseguirse, al igual que con su pensamiento y ejemplo. Cada nuevo logro en su áspero camino de precursor y civilizador comprometfalo a más amplios horizontes. Su perfil moral de luchador y combatiente cabe en estas líneas que él mismo escribió al presidente de Chile en respuesta a la acusación formulada por Rosas ante el gobierno del país hermano:

La conspiración por la palabra, por la prensa, por el estudio de las necesidades de nuestro pueblo, la conspiración por el ejemplo y la persuasión; la conspiración por los principios y las ideas difundidas por la prensa y la enseñanza; esta nueva clase de conspiración será, Excmo. Señor, de mi parte, eterna, constante, infatigable; de todos los instantes, mientras una gota de sangre bulla en mis venas; mientras un sentimiento moral viva en mi conciencia; mientras la libertad de pensar y de emitir el pensamiento exista en algún ángulo de la tierra. . .

Esa fue su respuesta, y ella marcaba ya su ruta en la historia del país y de América. De los 77 años pródigos y plenos de su vida peleadora y sin reposo, más de medio siglo dan fe de esa su profesión anticipada casi en los comienzos de su tarea. Pocos pueden, en verdad, mostrar a la faz de su pueblo, para admiración y norma rectora de una democracia, vocación más completa y entrañable, ni frutos mejores, ni armas más certeras para la titánica empresa.

Maestro, periodista, escritor, legislador, pensador, publicista, militar, diplomático, gobernante, Sarmiento ofrece a las actuales generaciones argentinas la admirable lección de coraje civil, de fidelidad inquebrantable a las ideas de libertad y democracia, de su apostolado educacional, de su derecho a vivir sin *pedírle permiso al jefe de policía* —como les dijo a los jóvenes que lo saludaron antes de morir— y

de su entrega cabal y sin compromisos menguados en favor de una organización institucional responsable, celosa, a la luz del día. Su lema de desterrado, que él tradujo gráficamente: *¡Bárbaros, las ideas no se matan!*, signó el curso de toda su existencia y no comprometió ni hipotecó jamás su independencia de juicio y su libertad de acción para ejercer la suprema dignidad de hombre y ciudadano. Tenía un sentido emersoniano de la vida y probó que no era un conformista presto a acallar su opinión o a aceptar buenamente la que se le impusiera. Rompió con sus mejores amigos de la lucha contra la tiranía cuando los consideró desviados, colocándose en actitud de dar y recibir golpes en la lid por una república democrática. Era vehemente y tuvo que rectificar juicios —como en el caso de Urquiza—, pero siempre movieron su labor y su pluma una sinceridad proverbial, de honradez diáfana, de patriotismo sin prevenciones ni cálculos. Por eso, fiel al ideario de la mocedad inquieta, ahondó en el pasado para extraer la dura experiencia de una azarosa y cruenta trayectoria y fue, en su hora, con fe e indómita arrogancia, gallardo adalid de cruzadas perdurables.

Tenía conciencia de su misión y lo alentaba una íntima confianza en su destino.

Así pudo decir más tarde, al terminar su presidencia, estas palabras que, escritas a una persona de su amistad, en un álbum, adquieren el valor de un testamento y que nosotros contribuimos a divulgar: *Partiendo de la falda de los Andes nevados, he recorrido la tierra y remontado todas las pequeñas eminencias de mi patria. No se describirá con menos frases vida más larga. He vivido en todas partes de la vida íntima de mis huéspedes y no como viajero. Dejo tras de mí un rastro duradero en la educación y columnas miliarias en los edificios de escuelas que marcarán en la América la ruta que seguí. Hice la guerra a la barbarie y a los caudillos en nombre de ideas sanas y realizables, y, llamado a ejecutar mi programa, avancé sobre todo lo conocido hasta aquí en esta parte de América.*

He labrado, pues, como las orugas mi tosco capullo y, sin llegar a ser mariposa, me sobreviviré para ver que el hilo que depuse será utilizado por los que me sigan.

Sarmiento, Civilizador

Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía de mi patria, endurecido a todas las fatigas, acometiendo todo lo que creí bueno, y coronada la perseverancia por el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra y toda la escala de los honores humanos en la modesta proporción de mi país y de mi tiempo; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra; he escrito algo bueno entre mucho indiferente; y sin fortuna, que nunca ambicioné porque era bagaje pesado para la incansante pugna, espero una buena muerte corporal, pues la que me vendrá en política es la que yo esperé, y no deseé mejor que dejar por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas sus instituciones y surcado de vías férreas el territorio, como cubiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, de que yo gocé a hurtadillas.

Era la verdad. Sus contemporáneos llegaron a negarlo; la posteridad sabe que esa página refleja pálidamente la magnitud de su faena civilizadora, reconocida al ser proclamado unánimemente *Maestro de América*.

Fue, en efecto, uno de los forjadores y constructores de nuestro país, acaso el más representativo y singular en la pléyade ilustre de los hombres de la Organización Nacional. Su larga vida prócer, tanto como su incansante empeño de perpetua superación individual, son la expresión de una férrea voluntad y una inteligencia genial al servicio de la República, del progreso de sus instituciones, de la formación de una conciencia pública libre, digna y emancipada. Pensamiento y acción resultan en él una misma cosa, porque se consustancian y enlazan en la brega sin tregua. Difundía ideas y dedicábase a realizarlas. Su vida toda fue un hacer y un pensar continuos.

En Sarmiento —dijo ante su tumba el verbo luminoso de Aristóbulo del Valle— *se fundía de tal manera el pensador con el hombre de acción, que no hay posibilidad de clasificarle en una u otra categoría exclusivamente. Sus ideas brotaban con aliento de vida y, apenas enunciadas, se las veía tomar cuerpo, encarnarse y convertirse en acción personal o social; su obra inmensa de propagandista, innovador en la pri-*

mera edad, cuando era necesario arrojar el país a las corrientes de la vida moderna y seriamente conservador cuando esta evolución se realizó, revela en todo momento la inspiración de una mente altísima. Constantemente ocupado de la suerte de la patria y de los destinos de la América, su pensamiento no se extravió jamás en los espacios vacíos de la metafísica pura; era un experimentador que hacía sus investigaciones sobre la carne viva de su propia nación, sometido siempre a la influencia emocional del patriotismo tan levantado que a veces se confundía con el sentimiento humanitario. Descubrió el primero que la causa de nuestros históricos trastornos residía en la barbarie de las campañas y se hizo apóstol de la educación popular, hasta transformarse en pasión pública los aforismos doctrinarios de Rivadavia.

Apasionado y desbordante, sembró en la vasta heredad de la patria en formación la buena simiente de sus cosechas. Eran tiempos de afiebrada construcción y él dijo que las cosas había que hacerlas, bien o mal, pero hacerlas. Enriqueció su poderosa mentalidad en la lucha sin cuartel, puso su marca de fuego a los tiranos de su país, lleno su puño de verdades y de ideas su cabeza. La pluma fue en sus manos yunque y ariete. Tenía la fuerza arrolladora de un alud de su montaña natal y sus inflamados mensajes reconocían la impetuosa violencia del Zonda. Su misma figura física parecía tallada en roca, y su rostro enérgico, con algo de profeta y apóstol, recuerda al de un pionero esforzado y ciclópeo abriéndose paso en medio de la maraña del atraso y la ignorancia.

No hay iniciativa, desde la más modesta a la más trascendental, que no lleve su sello, el de su preocupación, el de su prédica, el de su realización; en todos los debates él está presente para decir su palabra, y su alma flamígera de combatiente nato, de agitador de espíritus, de sembrador de ideas e ideales, centellea en los choques de la gloriosa cruzada, imponente y por fin victorioso.

Evocar al autor de *Facundo* como civilizador equivale a intentar reconstruir la historia de su vida, a partir del momento en que funda la pequeña escuela de San Francisco del Monte, cuando sólo tiene 15

Sarmiento, Civilizador

años. Porque éste es, precisamente, el comienzo de su obra civilizadora: su tarea de educador, hacia la que lo llevan, al mismo tiempo, *su compasión a la ignorancia y su amor a la verdad*, como dice Lugones, y como él mismo se encarga de confirmarlo años más tarde en sus escritos.

Sobre las contingencias de la lucha, una como obsesión predomina y orienta su labor: la instrucción pública. Pide escuelas, escuelas, más escuelas. Las funda, las organiza, las dirige, poniendo en la obra todo el entusiasmo de una irresistible vocación, que encuentra en el magisterio la mejor forma de afianzar y completar su tarea de periodista y civilizador.

Para él —como afirma Cané— la educación de estos pueblos tenía dos grandes fases: la primera, destruir en su espíritu la atonía hereditaria, atávica de la noche colonial y el caos de las ideas absurdas, recogidas en la larga orgía del caudillaje; la segunda, sobre la tabla rasa, despertar la conciencia de la dignidad humana y con los ejemplos de la historia, que establece una noble solidaridad en las gentes, hacer ver a qué altura llegan aquellos pueblos que cultivando su espíritu, exaltan su corazón y se hacen dignos de los mayores destinos.

La instrucción pública —escribe Sarmiento, al comenzar su libro DE LA EDUCACIÓN POPULAR— que tiene por objeto preparar el uso de la inteligencia individual por el conocimiento, aunque rudimentario, de las ciencias y los hechos necesarios para formar la razón, es una institución puramente moderna, nacida de las discusiones del cristianismo y convertida en derecho por el espíritu democrático de la asociación actual. Y, convencido de que la educación del hombre no puede reducirse a la enseñanza oficial de las aulas, completa su doctrina, al cerrar el libro, con estas palabras: Hasta que, dotada la inteligencia del hombre, de discurrir con acierto, y sus manos de un arte para producir riqueza, llegue a la edad adulta al desempeño de los deberes que la sociedad le impone, y por las lecturas, los diarios, la vida pública, los espectáculos y el contacto con los otros hombres, termine sólo con la vida este continuo aprendizaje que constituye la esencia del hombre civilizado, porque sólo los pueblos bárbaros quedan al salir del hogar doméstico irre-

vocablemente educados en costumbres, ideas y aspiraciones.

La preocupación por las bibliotecas populares obedece a su programa educacional. En múltiples ocasiones sistematiza la labor que deben realizar y, desde el artículo publicado en el *Monitor*, en 1853, hasta los últimos trabajos de su pluma, en conferencias, estudios, proyectos, prueba no sólo cuán importante es la misión que les corresponde, sino cómo deben organizarse.

Es que Sarmiento recogió la herencia ideológica y espiritual de Moreno, de Rivadavia, de Echeverría, de los más preclaros fundadores de la nacionalidad y escribió en su bandera estas palabras que son una síntesis de su programa y de su personalidad: *Hay que desasnar al soberano. ¿Acaso no dijo, para movernos a la acción y acuciar la indierencia nativa, que argentino era el anagrama de ignorante?*

La instrucción primaria es, para él, *la pila de la Constitución*, la base de la verdadera democracia. *El poder* —expresa—, la riqueza y la fuerza de una nación dependen de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen y la educación pública no debe tener otro fin que el aumentar estas fuerzas de producción, de acción y de dirección aumentando cada vez el número de individuos que las posean.

La dignidad del Estado, la gloria de una nación no pueden ya cifrarse, pues, sino en la dignidad de condición de sus súbditos; y esta dignidad no puede obtenerse sino elevando el carácter moral, desarrollando la inteligencia y predisponiéndola a la acción ordenada y legítima de las facultades del hombre.

Cada grande hombre —ha dicho el profesor argentino J. Alfredo Ferreira, en una magistral conferencia dictada en 1911— *deja siempre su herencia capital: un pueblo, una batalla, una doctrina. La de Sarmiento es la educación en su más alto significado de adaptación social y natural, que robustecerá cada vez más los cuerpos, que acrecentará más el altruismo de los sentimientos, que afirmará más la voluntad, que iluminará más las conciencias y que promete lavar y hacer olvidar las culpas ajenas y propias, como aquel río dantesco que corre por el paraíso terrenal.*

Sarmiento, Civilizador

La obra fundamental y de más lejanas proyecciones de Sarmiento consiste en haber comprendido, a nuestro juicio, desde el comienzo, que la enseñanza primaria —como él la concebía y aplicó, desde luego— es el fundamento básico de la democracia moderna y en haber trabajado siempre sin perder este punto de vista primordial.

Educar, instruir, impartir en todas partes la enseñanza primaria, sembrar abecedario, como quería el poeta de *La Sombra de la Patria*; no es una postura pasajera sino una necesidad íntima, vital para Sarmiento, cuyo amor a la verdad le hizo entender, quizás desde la infancia, que no hay libertad cuando falta el ejercicio de la razón. Las luchas políticas en que aparece envuelto desde su juventud y su permanente adversión a los caudillos, tiene mucho de reacción contra la forma en que estos explotaban y explotan la ignorancia, la credulidad y la buena fe de los hombres del pueblo.

Su liberalismo, especialmente en materia educacional, nace de un convencimiento activo, como lo demuestra en la población chilena de Los Andes, durante su primer destierro, cuando prohíbe que en la pequeña escuela fundada por él se utilicen *libros de lectura llenos de fábulas religiosas y de descripciones del infierno*.

Su defensa de la enseñanza laica, a la que dedicada toda su existencia de civilizador, iníciase en aquel pequeño pueblo de Chile, al rebelarse contra las falsas nociones de una escuela primaria en la que aún se enseña *que la tierra está inmóvil, en el centro del firmamento*.

Desde entonces lucha también, y esto mismo es lo que continúa haciendo seis décadas después, hasta su muerte, contra el osecurantismo clerical, al que considera perjudicial para el desarrollo de las corrientes civilizadoras.

En Chile, casi un niño, enfrenta la reacción que lo combate despiadadamente. En el Paraguay, próxima ya la hora postrera, al ver que algunos sacerdotes rondan por las inmediaciones, le previene a su hija Faustina:

En materia de creencias nunca he molestado a mi familia... Tienen ustedes ahora la ocasión de devolverme esa tolerancia. Ha sido la

convicción de mi existencia prescindir de la religión para cuanto he creído mi deber... No quiero que en un momento de debilidad se me haga desmentir cuanto he concebido en el pleno ejercicio de mi razón. No quiero que otros disminuyan el valor moral de mis creencias, sometiendo mi persona a una superchería de ceremonias.

Después de Chile, ya de regreso a su tierra natal, Sarmiento participa de la fundación de la Sociedad Literaria, filial de la Asociación de Mayo fundada en Buenos Aires, verdadero centro de irradiación cultural y entre cuyos propósitos se cuentan la fundación de un colegio y la edición de un periódico.

En esta época, aprovechando las bases de un edificio inconcluso, en que habíase pensado establecer un colegio de monjas, Sarmiento concibe la idea de terminarlo para instalar un colegio de señoritas, conforme a los planes de la Sociedad Literaria. Surge así el Colegio de Pensionistas de Santa Rosa, el primero en su género en el país. Concurren a él niñas de las mejores familias del lugar y el director Sarmiento les dice, ante el estupor de los núcleos clericales: *Haré cuanto está a mi alcance para sembrar de flores la árida carrera que vais a emprender, y que debe prepararos para volver al seno de vuestras familias a desempeñar con acierto los delicados deberes que la naturaleza y la sociedad han impuesto a vuestro sexo.* Se publica luego EL ZONDA, también bajo su dirección. El futuro gran periodista ensaya en sus columnas la fuerza de su pluma. *Nos hemos propuesto escribir un periódico —dice— y por rudo que sea el lector no dejará de suponer que contamos con todas las cualidades necesarias para desempeñarse con acierto,* luego de lo cual agrega: *Un periódico es, pues, todo: el gobierno, la administración, el pueblo, el comercio, la junta, el bloqueo, la patria, la ciencia, la Europa, el Asia, el mundo entero, todo.* El bisoño periodista no oculta su pasión renovadora ni la lejana proyección de intento.

Debe volver al destierro. Y allá va, a través de los Andes, dispuestos a todo, menos a renunciar a sus ideales. Radicado nuevamente en Chile retorna al periodismo, ahora en EL NACIONAL, donde combate arduamente por la causa de la libertad y la cultura. Pero esto no le

Sarmiento, Civilizador

basta. Porque si a lo largo de toda su vida Sarmiento es un civilizador, esta misión la cumple siempre partiendo de sus profundas convicciones de maestro.

Pero en Chile, como en cualquier otro lugar del mundo, la palabra escrita o hablada es su gran instrumento; con ella educa e instruye. Y para él, la empresa de educar y de instruir tiene un templo cuyos cimientos son la ciencia, la razón, el trabajo, la solidaridad social: la escuela.

En los mejores y los más difíciles momentos de su vida, encontrándose en las situaciones más humildes o más elevadas, la enseñanza escolar, gratuita y laica —cuya ley 1420 es en gran parte obra suya— ocupa el lugar principal de su pensamiento.

El periodista, el escritor, el legislador, el presidente de la República no pierden en ningún instante su meta de educador.

El mismo lo dijo en los últimos años de su vida: *Educarse es aprender a ser hombre libre*. Y antes nos había advertido: *Un pueblo ignorante votará siempre a Rosas*.

Por eso él necesitaba escuelas para educar, y libros para esas escuelas, también durante este nuevo destierro en Chile, donde, entre otros muchos cargos educacionales, ocupa el de director de la Escuela Nacional de Preceptores.

Enseña y escribe, educa y combate. De la enseñanza primaria o secundaria que imparte en escuelas y colegios, pasa a la enseñanza moral y cívica, cuando escribe, ya en EL NACIONAL, ya en EL MERCURIO: *El derecho de elegir sus representantes, supone el interés de usar ese derecho en beneficio de la sociedad, de los principios del bien público. . . No despreciemos al hombre de las clases trabajadoras: bien tratados y felices, son aun en política un auxiliar poderoso. . . La riqueza que no tiene por base el bienestar general es un coloso parado sobre movible arena*.

Poco después, ni el periodismo ni el magisterio alcanzan a encauzar su ansia civilizadora. Y entonces, ya está Sarmiento frente a sus libros, revelándose como escritor con la vida de Aldao y su inmortal *Facundo*, libros destinados a llamar la atención del mundo sobre el

régimen despótico imperante en la Argentina, especialmente el segundo de aquéllos, cuyo subtítulo de *Civilización y Barbarie* lo define.

La obra que realiza en pro de la educación y de la cultura de Chile le vale el reconocimiento del pueblo y del gobierno trasandino. Consecuencia de ese reconocimiento y de la admiración que se tiene por su talento, es la misión que se le confía, para que estudie los sistemas de enseñanza en el viejo mundo.

Viaja por Europa y por Africa, lo cual le permite, entre otras cosas, perfeccionar sus conocimientos de inglés, francés e italiano.

En 1849, de regreso al país hermano, publica dos nuevos libros: uno, sobre el viaje en sí mismo, sus enseñanzas, y sus posibles consecuencias; el otro, relacionado con la Educación Popular.

Con este libro, *La Educación Popular* —que hemos recordado antes— Sarmiento completa en Chile uno de los ciclos más trascendentes de su empresa de civilizador, pues en sus páginas están contenidas las ideas más avanzadas que se conocen en el mundo en materia educacional. *Trata con detenimiento el problema, entonces nuevo y casi vedado, de la educación de la mujer, la creación de escuelas normales para formar buenos profesionales de la enseñanza, y dedica notable estudio al problema de crear rentas para el sostenimiento de la enseñanza primaria.*

Paralelamente, su lucha contra la tiranía de Rosas continúa en forma tenaz e insobornable, hasta que, en setiembre de 1851, se embarca rumbo a Montevideo, juntamente con Mitre, el general Paunero y el coronel Aquino.

Durante este período de su vida, la lucha civilizadora de Sarmiento tiene un solo objetivo: la libertad argentina.

A ella lo sacrifica y subordina todo, menos sus principios y su orgullosa condición de hombre libre, la misma que lo induce a marchar rumbo a Entre Ríos, en busca de Urquiza; no con ánimo de reconocer a un jefe indiscutido, sino en carácter de quien va al encuentro de un aliado, eventualmente convertido en jefe.

La entrevista entre el escritor y el no menos recio caudillo entrerriano, se realiza en un ambiente lleno de reservas, porque ambos se

Sarmiento, Civilizador

observan, sin que despierten simpatías mutuas.

Así termina la primera conversación. Pero, ¿por qué, si se trata de dos hombres que militan en la misma causa y persiguen idénticos fines? Porque se recelan, porque han llegado al mismo punto por caminos distintos: Urquiza siendo federal; Sarmiento, unitario.

Se encuentran una, otra y otra vez, mas sin poder entenderse, mientras Urquiza observa que Sarmiento no ostenta la escarapela roja, que aquél considera obligatoria para todos.

Los amigos de Urquiza insisten ante Sarmiento para que lleve la divisa punzó. Sarmiento se niega, un poco por obstinación, pues esto cuadra a la naturaleza de su carácter, pero mucho más por principio; porque no estando dispuesto a cambiar de ideas, tampoco quiere hacerlo con los símbolos que las identifican.

El general quiere que todos lleven la cinta para mostrar uniformidad, le dice el doctor Elías, secretario de Urquiza.

Yo no aconsejaré a nadie que la lleve —responde Sarmiento—. *Como militar, me la pondré; como ciudadano, nunca. He combatido toda la vida contra ella; hay muchas páginas en mis escritos consagradas a su vituperio y no me deshonraré jamás llevando un signo que reputo una degradación y un menosprecio.*

Su actitud es firme, porque sabe que ningún hombre puede realizar una verdadera acción civilizadora si antes no sabe dar el ejemplo en la defensa de sus ideas.

Es que ésta no es la cinta de Rosas, insiste el doctor Elías.

Y Sarmiento corta violentamente el diálogo:

Es la cinta colorada, y al emblema y al color es que he dirigido mis ataques.

Antes de regresar a Montevideo, donde está radicado, en su tercera entrevista con Urquiza, es nombrado director del Boletín del Ejército, y hallándose ya en aquella ciudad, se le comisiona para que adquiera una imprenta liviana.

Sarmiento compra lo mejor que encuentra, porque sabe lo que representa, para la causa de la civilización, una imprenta.

Pero, ante su sorpresa, tan pronto como llega al campamento de

Urquiza y se la muestra, éste le reclama haber adquirido una imprenta pesada, contra las órdenes que le había dado.

Sarmiento trata de disculparse, alegando que no había dónde elegir, pese a lo cual el jefe del Ejército insiste:

Sí, pero ustedes gastan el dinero sin mirar para atrás. Por eso nunca han hecho nada; yo, con muy poco, hago mucho.

Sarmiento se considera ofendido, y ya no puede con su carácter:

Señor General —responde—, en materia de imprenta soy una autoridad. En tiempos ordinarios habría sido una buena imprenta.

El terreno que pisan parece ser demasiado pequeño para aquellos dos grandes hombres. Por eso no pueden entenderse entonces. Y por eso, también, tardan tantos años en poder hacerlo.

El Boletín del Ejército Grande, como Sarmiento se complacerá en llamarse a sí mismo año más tarde, cumple su misión, no como un simple propalador de informes, sino con el entusiasmo y el lucimiento de un artista, de un gran escritor.

Su tercer boletín, correspondiente al 26 de diciembre de 1851, describe el paso del Paraná por un ejército de quince mil hombres, con palabras tan llenas de colorido como las de sus mejores páginas:

El sol de ayer ha iluminado uno de los espectáculos más grandes que la naturaleza y los hombres pueden ofrecer: el pasaje de un gran río por un gran ejército. Así se expresa Sarmiento, para agregar, más adelante: Transportábanse cañones y equipos en balsas de cuero atadas a los caballos nadadores, o en jangadas sobre botes, y aquella legión de gauchos argentinos aplicó al cruzar el Paraná toda la destreza de la vida criolla, mientras su caudillo estimulaba ese esfuerzo de sus huestes, contemplándolos desde lo alto, en la barranca entrerriana de Diamante.

Mas ni el talento del civilizador, ni la fe del idealista, ni la palabra fecunda y fluida del *Boletín del Ejército Grande* sirven para que Urquiza admita descender un poco desde el alto sitio que ocupa, o que Sarmiento encuentre oportunidad de subir lo necesario para tratar de igual a igual con él, que es la única forma en que éste aceptaría mantener una vinculación efectiva.

Sarmiento, Civilizador

Vencedor Urquiza en Caseros, la divisa punzó de Rosas vuelve a perturbar la marcha de Sarmiento, quien prefiere un nuevo destierro, antes que renunciar a principios que creía comprometidos, por no decir, traicionados.

Y allí va, nuevamente rumbo a Chile, después de haberse despedido de Urquiza por medio de una carta en que, entre otros conceptos, vierte los siguientes, relacionados con los motivos de su viaje:

Aceleran esta resolución el lenguaje y los propósitos de la proclama que ha circulado ayer, siendo mi intención decidida no suscribir a la insinuación amenazante de llevar un cintillo colorado, por repugnar a mis convicciones y desdeñr de mis honorables antecedentes.

Este acto, por el cual me sustraigo a toda jurisdicción gubernativa, es un hecho personal que en nada se liga a la conducta que guarden o que hubieron de guardar otros, justificándolo mi radicación en Chile y el ver, a juicio mío, malograda la esperanza de un regreso definitivo a mi patria.

Sarmiento considera que la libertad está nuevamente amenazada, y entonces reacciona como tienen que reaccionar todos aquellos para quienes sin libertad no hay civilización posible.

Otra vez en Chile, la escuela, el periodismo y el libro vuelven a ser los instrumentos favoritos del civilizador.

Aquí escribe su libro *Campaña en el Ejército Aliado de Sur América*, en el cual reseña las luchas de Urquiza contra Rosas y que dedica a su compañero de ostracismo, Juan Baustista Alberdi, ferviente admirador y defensor del héroe de Caseros.

En el epílogo de ese libro, quizá defendiéndose contra quienes lo acusan de apasionado, dice:

Yo respeto las ideas y hasta las explotaciones que se hacen de las ideas; pero exijo, en cambio, un poco de pudor en las imputaciones de motivos que dan a mi conducta y escritos. No hay en ellos ni pasión ni mentiras, ni explotaciones de posiciones presentes o futuras, sin que esto excluya el deseo de mejorar para mí, sin perjuicio ni daño de los grandes objetivos de la lucha.

Alberdi, designado representante del gobierno de Urquiza en Chile, recoge el guante que arroja Sarmiento, produciéndose entre ambos una ruda y célebre polémica, cuya consecuencia final es un nuevo libro de Sarmiento, sus *Comentarios de la Constitución Argentina de 1853*, que acaba de ser sancionada, obra en la cual propone muchas de las reformas que terminarán aceptándose algunos años más tarde.

Desde el destierro, cuando la provincia de Buenos Aires lo designa representante a su legislatura, después de haberse separado de la Confederación Argentina, Sarmiento rechaza el ofrecimiento en una carta tan elocuente como emotiva, que finaliza con estas palabras:

La Confederación, sin Buenos Aires, es como aquel jinete que, durante el bombardeo por los ingleses, seguía galopando y aparecía blandiendo la espada por las calles, mucho tiempo después que la bala de cañón le arrancase la cabeza. El Estado de Buenos Aires, sin las provincias, es como la cabeza de los guillotinado, que continúan pensando y sintiendo largo rato.

Poco tiempo después, cuando la Confederación Argentina y la provincia de Buenos Aires firman un tratado en virtud del cual permiten el libre tránsito de los ciudadanos de una y otra parte por sus respectivos territorios, Sarmiento regresa a Buenos Aires, donde poco después se hace cargo de la redacción del diario EL NACIONAL, al que convierte en una tribuna principista, vale decir, en un instrumento civilizador en el más alto nivel.

Es desde allí, desde esas columnas, donde, además de dictar cátedra sobre ética social y política, enfoca por primera vez la cuestión de la tierra, aún hoy esencial para la solución de los grandes problemas argentinos.

Tiene una idea fija, como principio de esa gran empresa: la construcción de un ramal ferroviario que una a Buenos Aires con Chivilcoy, para establecer allí una colonia agrícola modelo.

Dividiendo el terreno todo en suerte de estancias de seis millas cuadradas, lo que hace una legua de frente y dos de fondo, bastarían sólo nueve mil propietarios para ocupar el país. Este sistema, aunque dé riqueza a unos, es vicioso y perjudicial para la sociedad. Esas nueve

Sarmiento, Civilizador

mil familias no pueden defender territorio tan vasto. La población que nazca en esos cascos de estancias, quedará flotante, sin propiedad, sin casa, sin familia. Con el tiempo será necesario echarla de los límites de la propiedad adquirida, para que no hagan daño, o la sublevarán los revoltosos cada vez que el país se agite, porque no tiene vínculos que la ligen a la tierra.

Cuando uno compara el sentido y el contenido de esas palabras de Sarmiento con lo que ocurre en la actualidad, debe admitir que las suyas fueron verdaderamente palabras proféticas.

Además de periodista, él, que durante su permanencia en Chile ya había publicado los *Comentarios*, que coadyuvarían a la reforma futura de la Constitución Nacional, entra a vigilar los intereses del pueblo de Buenos Aires y, en cierto modo, a legislar para él dentro de la esfera municipal, en su carácter de Concejal.

Mentalidad realista, objetiva, práctica, a pesar de todo el idealismo que la ilumina, Sarmiento un literato clásico, él mismo, se subleva contra quienes quieren hacer literatura en la función pública, hasta que en una de las reuniones del Concejo los llama al orden:

No debemos salir de nuestro humilde terreno: cuando el señor Alsina se siente en el Congreso, propondrá leyes para honrar la memoria de los héroes de la Independencia; cuando el señor Mármol escriba la historia, nos pintará unas escenas grandiosas; cuando el señor Torres esté en la Legislatura, dirá esas cosas al Gobierno; pero aquí estamos encargados, como municipales, del barrido de las calles y de sacar la basura; y todas esas grandezas y retóricas ampliificaciones, están fuera de lugar. Hagamos algo útil para que no se nos aplique la observación taimada del paisano, al ver la lozanía de ciertas plantas: muchas guías, y zapallos nada.

Fue guiado por ese mismo sentido práctico que logró hacer introducir en las ordenanzas municipales una serie de reformas, cuyos beneficios son palpables aún en el presente, como ocurre con la ampliación de calles, en dos metros por lado, y la eliminación de los postes de las aceras.

Pero, como quiera que para Sarmiento la escuela es siempre la co-

lumna central, el indispensable cemento llamado a sostener, con su armazón, todo el edificio social, pronto vuelve a esa lucha, convencido de que para combatir los males del medio ambiente, *es necesario despertar la conciencia de los hombres, el raciocinio y el libre albedrío, mediante la instrucción.*

De ahí que desde su llegada a Buenos Aires propugna la creación del cargo de Director de Escuelas de la Provincia, pues entonces tal instrucción depende de la Universidad, reclamando ese cargo para él mismo.

No consigue todo lo que propugna, pero sí la creación de un Departamento de Escuelas, del cual se le nombra director.

Al año siguiente, cuando tiene que presentar el proyecto de presupuesto, lo estima en dos millones de pesos, cantidad astronómica para la época, que el gobernador Obligado reduce a tres mil pesos fuertes, después de exclamar, mientras piensa que Sarmiento se ha vuelto loco:

¡Dos millones de pesos en escuelas!

Ni el asombro de unos ni la oposición de otros arredran a Sarmiento, quien comienza esta su nueva obra civilizadora, amparando el desarrollo escolar en tres columnas incommovibles: locales adecuados, rentas propias y personal eficiente.

Con recursos precarios, pero con un entusiasmo a toda prueba, Sarmiento convierte al Departamento de Escuelas en una herramienta civilizadora de primera magnitud; y mientras construye edificios, adapta textos y forma maestros, no cesa en su prédica contra el oscurantismo que procura obstruir su obra, predicando a los cuatro vientos, desde las aulas, desde la tribuna, desde el periodismo:

...La educación pública debe abarcar todos sus ramos, e interesar a todos los individuos de la sociedad, so pena de luchar en vano...

Los libros son las armas de las ideas... La profesión de la enseñanza requiere tanta o más preparación como ninguna otra.

Y, simultáneamente, con el problema de la educación vuelve al problema de la tierra, cuando logra que sobre la base de un plan suyo sean distribuidas, entre quienes van a trabajarlas, las tierras de Chilicoy, donde florece una de las primeras colonias rioplatenses.

Sarmiento, Civilizador

Eduquemos la tierra y los niños —dice en esta época Sarmiento—, *que la tierra inculta es la que ha inspirado e inspira todavía horribles pensamientos y alimenta odiosas pasiones.*

El moderno concepto agrario de la función social de la tierra tiene su más acérrimo defensor en Sarmiento, quien sostiene un siglo antes de que los sigamos repitiendo nosotros, juicios y soluciones valederas.

El agricultor laborioso plantará árboles en su terreno, seguro ya de que puede esperar diez años el crecimiento. El inquilino no planta árboles, por no aumentar el valor de su arriendo.

En un reciente trabajo, el doctor Palcos destaca esta preocupación de Sarmiento, al analizar en muy completa síntesis su obra de gobierno, y afirma que la solución del problema agrario y la incorporación de los extranjeros a la vida política de la República —para lo cual hace dictar la ley de ciudadanía en octubre de 1869— constituyeron asuntos preferentes de su labor presidencial. Reclama en su primer mensaje leyes enderezadas a estorbar a que *un ciudadano se apodere del territorio que basta a Europa para sostener un reino, o que la generación actual despoje a las futuras de su derecho a tener un hogar y un pedazo de suelo que llamar su patrimonio.* El mismo año aconseja al gobernador Cabal, de Santa Fe, patrocinar una ley en cuyo articulado se obliga a subdividir las tierras de los latifundistas vecinos a las costas o a centros poblados, de conformidad al principio general de que una colonización bien conducida debe ir extendiéndose gradualmente del centro a la periferia. Inspirado en estos conceptos envía, en julio de 1873, el excelente proyecto de colonización y distribución del suelo. Dona tierras gratuitamente a las primeras familias que se establezcan en los territorios nacionales, y las restantes las vende a largos plazos y precios bajos, sujetas a las condiciones de habitarlas y cultivarlas. Un sistema de primas estimula a los agricultores. Propugna la creación de una oficina especial destinada a este objeto. El proyecto no prospera. La coalición de intereses creados y las prerrogativas de los grandes terratenientes, obstan a su sanción. En 1887, hablando de sí en tercera persona, dirá que de todas sus iniciativas *fueron las leyes agrarias en*

las que fue más sin atenuación derrotado y vencido por las resistencias, no obstante que a ningún otro asunto consagró mayor cuidado.

Denuncia el monstruoso acaparamiento del suelo, operado desde temprano; preve que la transformación de las tierras de pastoreo en tierras de labor, producirá *desórdenes sociales de extraña e imprevista forma.*

Refuta la difundida versión de que la subdivisión la traerá naturalmente la herencia, pues más rápida que ella opera la acumulación que hace el capital.

¡Enseñanza sin par la de este civilizador genial y porfiado, cuyas ideas, iniciativas, prédicas, mensajes y obras mantienen lozana vigencia!

En 1857 Sarmiento se incorpora al Senado de la provincia de Buenos Aires. No haremos ahora el análisis de su actuación legislativa y parlamentaria. Será tema de una próxima disertación. Pero sí deseamos afirmar que desde su banca acreditó en todo instante la misma pasión educadora, docente, civilizadora de toda la vida. No importa que algunas de sus predicciones no se cumplieran; que las agrias polémicas lo llevaran a excesos y extralimitaciones y que alguna vez, en el ardor del combate, la filosa espada de su verbo hiriera sin necesidad. Bueno es tener presente que fue el hombre público más combativo y que no pocas veces la difamación y la calumnia —como todavía ahora, a setenta y seis años de su muerte— intentó ensombrecer su figura. Se defendía con toda la reciedumbre de su fuerte temperamento. Y algo más: sus errores, extralimitaciones y vehemencias, inherentes a casi todos los precursores, no empañaron nunca la pureza de su intención, la limpieza de su conducta, los quilates de su patriotismo.

Miembro de la Asamblea que se reúne en el año 1860, para aconsejar las reformas a la Constitución de 1853, Sarmiento ve triunfar la mayor parte de las ideas contenidas en la obra escrita por él seis años antes en Santiago de Chile.

Interviene luego como un pacificador, como un conciliador convencido de que la hora de las luchas intestinas ha pasado, en la Convención

Sarmiento, Civilizador

Nacional de Santa Fe. Y cuando se convence de que la paz es imposible, cambia las palabras por las armas y se lanza hacia el interior del país, hacia su provincia natal, para enfrentar a los caudillos, hasta que resulta electo gobernador de aquélla.

Una de las primeras obras de Sarmiento, como gobernante de su provincia natal, consiste en la organización de un cuerpo de policía que se encargue de guardar el orden, pues él también considera que sin orden no hay progreso ni civilización.

Después de afanosa búsqueda logra reunir una cantidad de jóvenes, fuertes, honrados y de buenos antecedentes, pese a lo cual trece de ellos desaparecen al cabo de pocos días.

Deplorando no haber tomado mayores precauciones a su debido tiempo, Sarmiento concurre al cuartel, hace formar a los que aún quedan y les pasa revista:

Retírese usted —le dice a uno—, por viejo; usted, por enfermo; usted, por sucio, lo que demuestra que debe ser vicioso.

Después de aquella visita, las deserciones terminan para siempre.

Ya organizada la policía, levanta una colecta popular para reconstruir el cementerio y luego lanza a la circulación, en su segunda época, a EL ZONDA, el periódico fundado cuando aún no tenía veinte años.

Pero, como de costumbre, también aquí su leit-motiv es la instrucción primaria, y como no dispone de edificios para escuela, resuelve levantar una en las ruinas del antiguo templo de San Clemente, lo cual le conquista el epíteto de *impío*, que él sobrelleva filosóficamente mientras sus amigos realizan una colecta para reunir fondos destinados a la obra educacional del gobierno.

Poco después, al inaugurar la nueva escuela, Sarmiento recuerda sus comienzos en un discurso pleno de emoción, cuando dice:

La inspiración de dedicarme a la educación del pueblo nació aquí, en mi infancia, del espectáculo de las cosas de San Juan. Mi labor de treinta años, sembrando de escuelas los pueblos donde he residido, vuelve ahora a su punto de partida, con aquella simplísima idea de la supremacía de la educación primaria sobre toda otra educación, para la ventura de los pueblos ... En aquella esquina, a treinta pasos de estas

ruinas, fui dependiente de comercio e hice muchos estudios solitarios cuando adolescente; y desde entonces vi que podría hacerse en estas murallas una espaciosa escuela; y lo realizo con vuestro concurso ahora, después de más de treinta años.

En el curso de toda su vida, Sarmiento tiene la virtud de llegar a los grandes fines utilizando todos los medios, hasta los que parecen más insignificantes, y de utilizarlos a pesar de todo.

En su carácter de gobernador, por ejemplo, mientras reorganiza los cuerpos encargados de mantener el orden y funda escuelas, juntamente con quintas normales, manda ensanchar las calles, para lo cual tiene que librar verdaderas batallas con los frailes dominicos, *que no quieren ceder una piedra de sus fortalezas ni una pulgada de sus tierras*. Manda blanquear las fachadas de los edificios, y para dar el ejemplo, él mismo pinta el frente de su casa. Dispone que sean empedradas las calles, para evitar el barro, teniendo que enfrentarse nuevamente con el clero, que se niega a pagar el empedrado que se' coloca frente a la Catedral. Pero cuando el Gobernador exige que el obispo rinda cuenta de los bienes que posee la iglesia y de los réditos de los mismos, el obispo paga.

Después, su lucha contra los caudillos, especialmente contra *el Chacho*, lo absorbe, en medio de acciones en las que tiene que participar personalmente, viéndose obligado a declarar el estado de sitio en su provincia, abrogándose facultades que son propias del poder federal.

En el año 1864, Sarmiento abandona el país para desempeñar una misión diplomática en los Estados Unidos de Norte América, viaja después por el viejo mundo y regresa al suelo natal para ocupar la Presidencia de la República.

Ahora, el civilizador está en el puesto de dirección, y desde él, con la misma sencillez, pero también con el mismo empuje de sus primeros años, vuelve a la lucha en favor de la educación, para crear colegios nacionales y escuelas normales en casi todas las provincias, para imponer la enseñanza gratuita, laica y obligatoria, como un imperativo de todo buen gobierno. Subvenciona a las provincias para que atiendan a la enseñanza primaria por medio de escuelas ambulantes; crea

Sarmiento, Civilizador

la inspección de escuelas secundarias y la cátedra de mineralogía en las provincias andinas; ordena traducir del inglés obras de utilidad general; subvenciona a colegios del interior, a fin de que puedan adquirir pequeñas imprentas, destinadas a *facilitar la producción intelectual*.

Envuelto por un sin fin de dificultades: la rebelión de los caudillos, los colapsos postreros de la guerra con el Paraguay, la epidemia de fiebre amarilla que diezma a la población de Buenos Aires y muchas otras calamidades, Sarmiento se mantiene incommovible en su empresa civilizadora, promoviendo iniciativas y realizando obras en las que nadie parece haber pensado hasta entonces: la realización del primer censo de población; la primera exposición industrial y ganadera que conoce el país; las obras de construcción del puerto de Buenos Aires; la sanción del Código de Vélez Sarsfield; la construcción de vías férreas y de líneas telegráficas; crea el Colegio Militar y la Escuela Naval.

Una de las últimas obras realizadas por Sarmiento desde la Presidencia de la República es, en el presente, el orgullo de Buenos Aires: el paseo Palermo, en épocas anteriores, el Parque 3 de Febrero.

De esa magnífica obra, realizada sobre terrenos que habían formado parte de una posesión de Rosas, y que en su casi totalidad eran pantanos, dice Sarmiento, con frases que trasuntan la grandeza de su propia condición humana:

Sólo en un vasto, artístico y accesible parque, el pueblo será pueblo: solamente aquí no habrá ni extranjeros, ni nacionales, ni plebeyos. La frescura de los lagos, la blandura de esas avenidas, el verdor de esas plantas, serán como el aire y la luz que las vivifican, la propiedad de todos, sin pedir permiso a nadie para gozar de su encanto.

La obra civilizadora que realiza Sarmiento desde la Presidencia de la Nación, comprende los aspectos más fundamentales y también los detalles más insignificantes de la vida argentina, en medio de aciertos y errores, que son inevitables.

Para equilibrar el desnivel producido en el país por largas décadas de guerra civil o de tiranía, para terminar con la miseria imperante en las clases populares, para combatir el pesimismo que iba apoderándose de todos, era necesario actuar.

Alguien tenía que asumir la responsabilidad de construir, de perfeccionar, de innovar, aun a riesgo de equivocarse, y Sarmiento la asume sin vacilaciones, resueltamente.

Sabe que su acción es necesaria, como acción en sí misma y como complemento de su visión de estadista.

Puesto a elegir entre la doctrina inmóvil, aunque lógica, y la acción con todas las imperfecciones que le son propias, se resuelve abiertamente por la segunda.

Todas las realizaciones que tienen por móvil el progreso y por fin el avance de las corrientes civilizadoras son buenas para él, que muestra el mismo entusiasmo cuando está consagrado a la creación del Banco de la Nación, que cuando pone en vigencia una Ley de Pesas y Medidas, el Código Penal o el de Minería.

Durante los seis años de su gobierno el país ve cómo se levantan, en todas sus latitudes, tantos edificios escolares —unos 800 en total— como jamás se había pensado, mientras el número de niños que concurre a esas escuelas pasa de treinta a cien mil.

Frente a los veinte centros de enseñanza costeados por el Estado con que se cuenta al producirse la caída de Rosas, cuando Sarmiento abandona el gobierno hay más de mil doscientas.

En medio de todos aquellos éxitos, hay algo que no funciona bien, con relación a su gobierno, y Sarmiento lo sabe. Es la pobreza de los medios de divulgación de que dispone.

Es por eso que ante la angustia que le produce tal realidad a él, que es no sólo un periodista, sino también un maestro de periodistas, le escribe a su amigo Posse en febrero de 1869:

Un vacío siento y tú podrías llenarlo. Falta un escritor en la prensa. Si lees LA TRIBUNA y EL NACIONAL, verás cuán pobre de expresión es mi gobierno. Chile conserva aún el capital creado por sus escritores ahora veinte años. Con la realidad que yo pudiera crear, no alcanzaré a formar una opinión pública que la comprenda. Quisiera ser yo mi propio órgano.

El fomento de la colonización, el incremento de las obras públicas y el perfeccionamiento de las instituciones públicas parecen ser,

Sarmiento, Civilizador

por momentos, las preocupaciones básicas del Presidente.

Pero en el fondo de su pensamiento existe siempre otra preocupación fundamental, básica: la educación primaria, respecto de la cual dice, en uno de sus mensajes al Congreso:

La educación del pueblo es hoy la preocupación de la humanidad. Ese sentimiento es la expresión de lo que antes se llamó religión, nobleza, cultura. Educarse es simplemente ser hombre libre.

Cumplida su gestión como Presidente de la República, el civilizador vuelve al llano, no a descansar, sino para iniciar una nueva etapa de su lucha.

El amigo de Horacio Mann cuenta con la colaboración de la viuda de éste, María Mann, para contratar 65 maestras en Estados Unidos, llamadas a dar fuerte y nuevo impulso a la enseñanza.

Amplía la labor de Mitre creando colegios nacionales y mejorando los existentes. Incorpora al país a sabios como Gould, que actúa en el Observatorio Astronómico de Córdoba; al naturalista Burmeister, en el Museo de Ciencias Naturales y a muchos más, que realizan una labor de cultura e investigación científica realmente importante para el país.

Hace publicar una traducción de *El Federalista* de Hamilton, Madison y Jay y otras obras sobre derecho constitucional norteamericano.

Su perpetuo afán de difundir nuevas ideas y alentar a los valores que surgen lo llevan a pronunciar una conferencia sobre la teoría de Darwin y a saludar alborozado un libro de Eduardo Wilde.

Todo en función de civilizador, de educador, de propulsor de la cultura.

Un año después, electo Senador por su provincia natal, se incorpora al Congreso de la Nación, donde culmina su acción parlamentaria, en debates que muchas veces ha de sostener solo contra todos.

En uno de esos debates, al discutirse la participación que debe corresponderle al Estado en la educación del pueblo, Sarmiento interviene resueltamente, con la expresión cáustica de sus momentos más felices:

El ignorante no quiere educarse él, ni siquiera a sus hijos y el educado quiere cuanta más educación puede obtener en favor suyo.

Entonces es legítima la intervención del Estado y el Estado puede compeler a los pueblos a educarse, porque la educación es necesaria para la industria, para el uso de las instituciones libres y para todos los casos que constituyen la prosperidad... Y es ridículo que pensemos en tener pueblos e instituciones libres, con las hordas que siguen a un caudillo...

En esta misma época, además de cumplir funciones como Director General de Escuelas de la provincia de Buenos Aires, reasume la dirección del diario EL NACIONAL, desde cuyas columnas sigue luchando por las ideas civilizadoras de toda su vida.

Desde el punto de vista de la política democrática y de la pureza cívica ¿no es él, por ventura, quien preconiza el secreto del voto en 1857, sorprendiéndose que no se quiera reconocer la conveniencia de que no se sepa por quién vota un individuo y que no quede consignado en documentos públicos: *éste es mi amigo; éste es mi enemigo?* En 1860 reproduce su proyecto para el Estado de Buenos Aires y vuelve a la carga siendo presidente, pero no le aceptan sus ideas. En 1879 insiste en un artículo: *El voto secreto es el único medio para quitar la ocasión de que se ejerzan las influencias del gobierno o se hagan sentir sobre el elector las servidumbres oficiales.*

¡Iban a pasar más de cincuenta años para que su prédica fuera realidad por la decisión patriótica de Roque Sáenz Peña!

La inmigración extranjera es —según sus palabras— *el protoplasma de nuestro pueblo* y la colonización agrícola fue uno de sus temas más constantes. Como Rivadavia, Alberdi y Avellaneda comprendió el problema y trató de asentar en nuestro dilatado y todavía despoblado territorio contingentes inmigratorios, educados en el trabajo y la libertad, que se sintieran argentinos y solidarios con el país, por la liberalidad de sus leyes y el lazo indestructible de sus hogares y sus hijos. La escuela estaba llamada a facilitar, en primer término, esta labor de asimilación y estructuración de la nacionalidad; una escuela sin dogmas y sin influencias extrañas, hogar común y taller abierto, como lo quiso la ley 1420, en gran parte obra suya, según dijimos, y por la que sostuvo, conforme a su liberalismo inteligente y respetuoso, las últimas ba-

Sarmiento, Civilizador

tallas de su existencia, poco antes de morir.

La ciencia, el trabajo, la solidaridad social, inspiraron la acción sarmientina y en su pensamiento filosófico brilló siempre una inteligencia positiva y humanista; orientada desde sus primeras etapas por el ideal de la libertad y objetivo de una democracia auténtica, educada y consciente. Fue él uno de los estadistas que en el mundo habló del arbitraje para solucionar los conflictos que se plantean entre los países.

IncurSIONA aún por las altas esferas del gobierno, ocupando el cargo de Ministro del Interior, pero sólo en forma fugaz.

Después, una nueva ilusión, la de ocupar nuevamente la Presidencia de la República. Una ilusión, solamente, porque el anciano de hoy no tiene ya los bríos del luchador de ayer, y los acontecimientos lo superan.

Retorna a sus meditaciones y a sus libros: en 1883 publica *Conflictos y Armonías de las Razas en América*; en 1886, dos años antes de su muerte, da a prensa *La vida de Dominguito y Vida de Muñiz*.

Poco antes de alejarse hacia el Paraguay, cuyo clima le recomiendan los médicos, pronuncia su último discurso, en presencia de quienes van a saludarlo, con motivo de cumplir 76 años, asegurando, en un emocionado final, que aquella demostración *de la parte más culta de una sociedad cultísima, tornará serenos y felices los últimos años de una vida empleada en el bien y el adelanto de la patria*.

A partir de entonces, el hombre que había comenzado su cruzada civilizadora a los quince años, continuándola durante sesenta y dos años más, se refugia en el sosiego de la vida privada, hasta el 11 de setiembre de 1888, día en el que fallece, después de haber dicho, en forma casi imperceptible:

He escrito un libro tres veces y lo he vuelto a romper; tenía cosas muy buenas.

Así se despidió de la vida Sarmiento el civilizador, hablando de sus libros, de esos mismos libros que hoy nos enseñan a conocer su vida y nos incitan a recoger y ampliar sus enseñanzas.

Mostrémonos capaces de ser sus continuadores y de sostener su bandera. Sepamos ser intérpretes de la lección actual y permanente de Sarmiento, ejemplo de coraje civil, de voluntad prometeana para la acción, de mentalidad vigorosa y abierta de vigía y mentor de la República.

No importan el pasajero desaliento o la incertidumbre de la hora que pasa. La tarea nos llama y en ella hemos de probar, como el viejo glorioso, la fuerza de nuestras convicciones, la claridad de nuestros principios y el temple de nuestro espíritu.

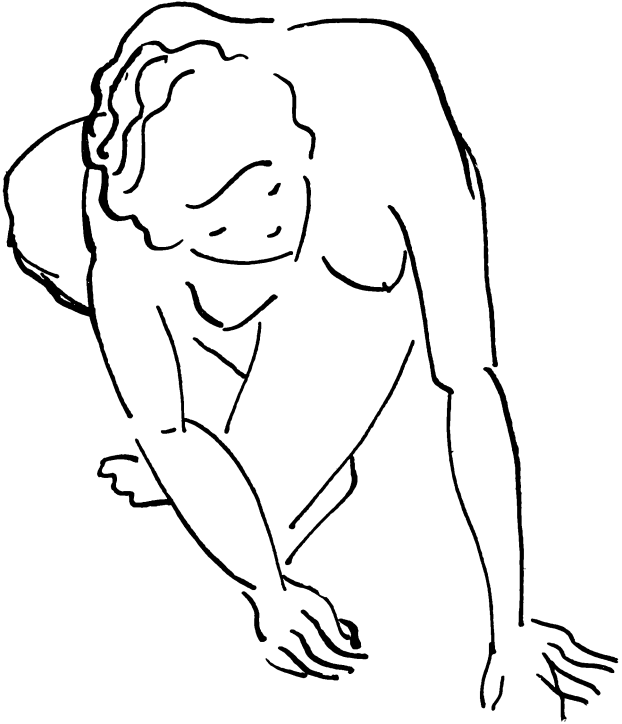
Necesitamos, para esta labor destinada a realizar y ampliar el pensamiento constructivo y social de Sarmiento, que es decir su mensaje de civilizador, inteligencias y voluntades probadas, leales y abnegadas.

El lo dijo alguna vez: *Al fin la idea subsiste, y ya eso es mucho; pero nos faltan ciudadanos animosos, que planten y replanten, a despecho de hormigas y caballos, las tantas veces arruinada tierra.*

En la tierra argentina caballos y hormigas, a los que suman no pocas alimañas, amenazan la siembra de los grandes fundadores y constructores de la patria.

Cuidémosla con celo y con decisión. Hemos contraído, con el porvenir, no sólo una deuda de gratitud sino el compromiso de continuar la jornada, sin detenernos en meras idolatrías o en vanas declamaciones.

Sarmiento puede y debe ser nuestro vínculo de unión y de trabajo. Porque podemos —como lo quería Joaquín V. González— adoptar ese su nombre glorioso como expresión de los ideales que agitaron y ennoblecieron su vida de creación y de lucha; y las actuales y futuras generaciones de argentinos pueden cobijarse a la sombra de la bandera bautizada un día por su inspiración genial, y cuyo sentido se condensa en esta alta y salvadora divisa: *a combatir por la verdad y la justicia en la democracia, y a mantener encendido el fuego sagrado del amor y la solidaridad entre los hijos de la misma patria y obreros de una misma cultura.*



Líbero Badii
Estudio, tinta